

de enero de 1937, caracterizada por la apresurada incoación de numerosos expedientes y por el deseo de garantizar el pago de las eventuales sanciones mediante la extensión de las medidas precautorias sobre el patrimonio de los encartados por encima de su conclusión. La segunda, entre enero de 1937 y la publicación de la Ley de Responsabilidades Políticas, durante la cual la voluntad de expedientar al mayor número posible de individuos antes de concluir la incoación de las piezas sumariales abiertas convive con el empeño recaudatorio manifestado en la preocupación por las medidas precautorias, la elevada cuantía de las multas impuestas y los bajos porcentajes globales de sobreseimiento. La tercera, comprendida entre febrero de 1939 y febrero de 1942, en la que disminuye el rigor represivo, se incrementan las posibilidades de defensa para los encartados y los informes procedentes de las diferentes instancias previstas por la normativa cobran un papel esencial en la determinación de la cuantía de la sanción. Y una última, a partir de la reforma de la LRP en febrero de 1942, que supone la práctica liquidación de las responsabilidades económicas como consecuencia de los supuestos de sobreseimiento contemplados.

Represión administrativa, represión social y cultural, y represión psicológica cierran este documentado y altamente recomendable trabajo que ha sido calificado, con justicia, como «la más destacable de las monografías regionales entre las aparecidas en los dos últimos años»¹.

M^a Concepción Álvarez Gómez
Universidad de Vigo

GONZÁLEZ, Damián A.: *Los hombres de la dictadura. El personal político franquista en Castilla – La Mancha, 1939-1945*. Madrid: Biblioteca Añil. 2007, 376 pp. + CD-rom apéndices documentales.

Mucho ha llovido desde que algunos proclamasen que la historia está plagada de élites muertas, de individuos que circulan y dejan de pertenecer al grupo de poder. Tanto, que los defensores actuales de la teoría de las élites relativizan la existencia de un grupo definido y con atributos propios que ejerza el poder, y, lo que hoy comúnmente conocemos como élite de poder, no sería sino un sistema de posiciones interrelacionadas, y no un conjunto de individuos con afanes conspiratorios. A demostrar esto último no aspira este autor, ni su investigación se lo permitiría, pero sí toma como punto de partida el hecho de que los grupos de poder (el ‘personal político’, o la ‘élite política’) distan de ser estables y que su circulación se activa, principalmente, como consecuencia de cambios políticos y por la emergencia de nuevas realidades sociales.

1 RODRIGO, J., «Tirarse los muertos y los libros a la cabeza. Modos de ver la Guerra Civil española», *Alcores*, 2, 2006, p. 264.

En este sentido, si consensuamos que la lógica profunda del golpe militar pretendía proteger un determinado orden económico y social zarandeado por la República, pudiera parecer lógico que los estudios sobre los individuos que ejercen formalmente el poder político en la posguerra nos remitieran al impreciso mundo de las 'élites' económicas locales. Eran las mismas, o parecidas, que se habían responsabilizado de controlar las instituciones locales desde la Restauración. Sin embargo, para Damián González, no se confirma esa hipótesis sino que, por el contrario, plantea que hubo una renovación de las élites locales. Al fin y al cabo, desde la Restauración a 1939 habían sucedido tres cambios de régimen político y una guerra civil, además de una profunda transformación de la sociedad española durante el primer tercio del siglo XX, con un despegue inusitado del capitalismo en todos los aspectos, también en el de la sociedad de masas.

Un estudio sobre la estructura de poder, como éste, parte del reconocimiento de la existencia de un poder del Estado que ejercen en exclusiva sus representantes. Primero con limitaciones y una de ellas es que cualquier análisis del *personal político* jamás podrá descubrir toda la estructura de poder. Deja fuera a quienes *tienen poder* pero no ejercen el del Estado. Es la élite social que no coincide estrictamente con la élite política. Por eso es decisivo el análisis de los niveles inferiores de una administración centralista como la franquista. Esto, sin obviar que quien ocupa un cargo lo hace por exclusión de otros e implica la posesión de un capital determinado de poder social y de prestigio legitimador. Puede que todos estos políticos locales que aquí se analizan representen una de las partes menos visibles de la dictadura, pero no hay que perder de vista que fueron su cimiento político, sobre el que la dictadura se consolidó, identificó a sus partidarios y controló y castigó a sus adversarios. El poder local fue, en gran medida, no sólo el cómplice necesario para la construcción de una sociedad fracturada por la victoria, sino la primera instancia sobre la que el vencido experimentó el repertorio de violencia con que iba a despacharle el vencedor.

El poder local de la nueva dictadura franquista experimentó una profunda renovación que es rápida y suficientemente detectada por el autor. Naturalmente, como en todos los procesos de cambio, permaneció una parte de quienes pertenecieron a los grupos de poder en situaciones anteriores. A esa convivencia encuentra Damián González una explicación novedosa, que tanto la renovación como la continuidad se desarrollaron en la relación de los cooptados con la sublevación y la guerra. O fueron participantes activos, o sujetos pasivos de la violencia republicana en retaguardia. Las nuevas instituciones locales fueron tomadas por auténticas *coaliciones de sangre*. Fueron la guerra y la violencia la legitimación de los nuevos dueños del nuevo poder local. De ahí que incluso pudieran cancelar hipotecas contraídas en el pasado y avalar las conductas futuras. Hurgando en esa dirección, y con un trabajo importante detrás, el autor es capaz de descifrar las claves íntimas del poder local. El toledano, por ejemplo, no se entiende sin el monopolio que los sectores conservadores (con el apoyo de la sede primada) harán del episodio del Alcázar; ni Albacete sin repasar la semana en que la ciudad permaneció sublevada. Lastrado quizá por el peso cualitativo de las excepciones, no se atreve del todo el autor, aunque sí en

otras publicaciones a las que ahora recurro, a hablar sin ambages del carácter *fascistizado* del nuevo personal político. Esto se constata en la inexperiencia política de ese nuevo personal, en su juventud y en su militancia masiva en FET-JONS, auténtica cantera de cargos públicos.

Si hablamos de la relación con la administración local, ese es uno de los aspectos en los que el franquismo no fue lo suficientemente moderno para poder ser incluido en el club de los fascismos sin ‘peros’. La fórmula que empleó para someter la administración local se asemejaba bastante, por no decir que copió, la misma que apenas unos años antes había ensayado Primo de Rivera para someter unas instituciones enfeudadas. Incluso los roles asumidos por ambos ‘únicos partidos’ admitirían alguna comparación. Son ideas que lanza el autor, y que invitan a un intenso debate cuya discusión de fondo no es otra que la intensidad de la herencia del liberalismo conservador en esta segunda dictadura.

Posiblemente uno de los capítulos más originales del trabajo es el que analiza las actitudes de todo ese *personal político* al frente de las instituciones cuya gestión se les confiaba. A partir del estudio de las órdenes de cese, el autor nos descubre no ya un poder político corrompido hasta la médula aprovechando las estrecheces a las que obligaba el disparate autárquico, algo más o menos conocido, sino otras actitudes que se pueden considerar consecuencia del nuevo tono que van a adquirir las relaciones centro-periferia, política, económica y administrativamente, y del modelo de reclutamiento por cooptación (a veces intercambiable por coacción). A menudo se ha hablado de las pugnas por el poder local en la posguerra, pero mucho menos de aquellos que llegaron, sobre todo a los consistorios, con muy pocas ganas de dedicarse a la gestión pública. En las ciudades aparecen perfectamente dibujados como profesionales de prestigio más preocupados por librarse del cargo que de servirlo. El carácter presidencialista de las instituciones locales podría ser una respuesta, pero no cuando afecta a los propios alcaldes.

En el mundo rural, pasados los primeros fervores de posguerra, la situación en muchos lugares se tornó casi dramática. La desidia, el incumplimiento del deber y el abandono de las obligaciones inherentes al cargo se van a convertir en moneda corriente. Tanto que, en opinión del gobernador de Albacete, la mayoría de los alcaldes de España, y a excepción de las cosas de abastos, se limitaban «a ir al ayuntamiento a las doce de la mañana a fumar un cigarro alrededor de la estufa y a no interesarse siquiera por las órdenes del Boletín Oficial de la Provincia». La corrupción, la flagrante desidia y las deserciones se convirtieron en un constante motivo de cese y renovación de las corporaciones, a veces a un ritmo casi anual. Algo tendría que ver esta experiencia para que, a partir de 1948, se institucionalizasen las renovaciones cada tres años. Por eso, esta investigación de Damián González desentraña tanto la estructura local del poder franquista, como desmitifica los tópicos sin fundamento mantenidos por inercia historiográfica. Lo más decisivo, la solidez de este libro aporta claves fundamentales para explicar el carácter de los poderes aglutinados en torno al régimen dictatorial de Franco. Es un peldaño importante para conocer mejor una etapa sobre la que investigaciones como éstas permitirán plantear nuevas reflexiones sobre el carácter y funcionamiento real y concreto de la política dictatorial, pueblo a pueblo

y provincia por provincia, espacios de poder imprescindibles para el Estado. Al final, los individuos constituyen los soportes de esos poderes y también hay que investigarlos con el rigor metodológico que nos enseña este libro.

Óscar Bascuñán Añoover

Universidad de Castilla-La Mancha

O' DONNELL, Pacho: *Las patrias lejanas*. Barcelona: Plaza Janés. 2007, 309 pp.

En primer lugar, consideramos conveniente destacar que nos encontramos ante una novela escrita por un Doctor en Medicina, especializado en psiquiatría y psicoanálisis, pero dedicado a difundir la Historia argentina. En la actualidad se encuentra dirigiendo el Departamento de Historia Argentina de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales de Buenos Aires. Pacho O' Donnell, que estuvo exiliado en Madrid entre 1976 y 1981, incursionó en el mundo del teatro y en el género biográfico, además, dentro de la serie «la historia argentina que no nos contaron» publicó varios títulos que se convirtieron rápidamente en éxitos de venta; pero sin lugar a dudas sus libros de ficción literaria han sido los que lo han dado a conocer fuera de las fronteras de Argentina. Después de dos décadas O' Donnell regresa a este género con *Las patrias lejanas*.

En cuanto al citado libro señalamos que es interesante su lectura por todos los aspectos que muestra, quizá los menos conocidos, del exilio republicano español durante los años cuarenta en Argentina, en concreto en Buenos Aires. En este sentido podemos decir que recurre a un tema que ya en 1972 había trabajado, aunque de un modo tangencial, en su novela *COPSI*, publicada por la editorial Sudamericana, fundada precisamente por un hijo y nieto de libreros de Barcelona y exiliado en Argentina tras la guerra civil española, Antonio López Llausás.

Utilizando las fuentes hemerográficas y bibliográficas, especialmente memorias, así como los epistolarios de algunos y algunas de los/as exiliados/as españoles/as en Argentina, y de los personajes más destacados del mundo de las letras y la cultura porteña de los años cuarenta con los que éstos/as entraron en contacto, el autor reconstruye la historia de un personaje ficticio, de un exiliado anónimo. Un joven, llamado Radomiro, que creció en un internado de curas, y que cuando comenzó la guerra civil tras el golpe de estado del 18 de julio de 1936 combatió en las filas republicanas, participó en la batalla del Ebro y pasó por el campo de concentración de Argèles-sur-Mer, desde donde partió casualmente hacia Buenos Aires en uno de los barcos más conocidos con este destino, el *Massilia*.

Así pues, a lo largo de los treinta y cinco capítulos que conforman este libro, que ha sido elaborado mediante una prosa cuidada y adaptada a las situaciones, y con una combinación de notas dramáticas y cómicas, veremos superponerse continuamente tres planos. Por un lado, el plano español; en él conoceremos la vida cotidiana y los pensa-